

En real al mes.

En Madrid para los suscritores á la Biblioteca Popular y Museo de las Familias, y 4 rs. por tres meses, en las provincias franco el porte.

LA CRONICA.

Nos revista al mes.

En Madrid 40 rs. por trimestres para los que no sean suscritores á la Biblioteca Popular y Museo.—Se publica todos los domingos del año.

SEMANARIO POPULAR ECONOMICO.

BIBLIOTECA POPULAR.

Va á principiar la repartición del tomo 1.^o del **El Blas de Santillana**, que consta de 34 pliegos y concluye por consiguiente en el 244 de la Biblioteca. Con el fin de que no sufran retraso en el recibo los suscritores, rogamos á los comisionados que aun no han pasado á este establecimiento las notas de los que se han de enviar, que lo verifiquen al punto, espresando los que han de llevar láminas; en el concepto de que no se hará remesa alguna sino en virtud de dichas notas y por lo mismo no deben extrañar si no reciben el tomo los que no las hayan enviado.

MAGUNCIA.-GUTTENBERG.

Desde San-Gotthard, en que el Rhin emprende su triple corriente hasta las fértiles llanuras de Holanda donde desaparece entre las arenas, tiene sembradas sus orillas de ciudades, pueblos y aldeas que se suceden sin interrupción á los ojos del navegante. Y donde encontrar en efecto un pais mas favorecido de la naturaleza y una población mas activa y laboriosa, que la que anima las riberas del Rhin? Cuando se visita á Maguncia, Coblenz, Budesheim, las aguas de Taunus, el Palatinado y tantos otros lugares, como no guardar de ellos un eterno recuerdo?

Una de las mas antiguas ciudades del Rhin, y sin contradicción una de las mas célebres, es Maguncia. Desgraciadamente los acontecimientos políticos han pesado sobre ella de una manera terrible, y el tiempo ha destruido lo que parecia impeccedero. El que ha tenido ocasión de considerar esta ciudad en tiempos que servia de residencia á los primeros principes electorales de Alemania y la viera hoy, apenas la reconocería: entonces era una ciudad bellísima y floreciente; una población rica é industriosa se agitaba en su seno, las artes y las ciencias estaban en su apogéo, y todas las naciones de Europa mantenian con ella un comer-

cio activo; ahora simple ciudad de provincia del gran ducado de Hesse, ostenta desiertas sus calles, sus casas cerradas é inhabitables, su comercio casi insignificante y como amenazado de la mas completa ruina. Solo le resta una cosa, una circunstancia que la hace aun encantadora y que basta por sí sola á que el viajero que la ha visitado una vez desee visitarla nuevamente; esta es su deliciosa posición.

El origen de Maguncia, remonta á los tiempos de Augusto. Uno de los tenientes de este emperador, Marcos Agrippa, estableció un campo fortificado en el recinto que hoy ocupa la ciudad, para defenderse de los ataques de los germanos que hacian sus incursiones desde la montaña Tannus situada en la orilla derecha del caudaloso río. Drusus Germánico, construyó en el mismo lugar el fuerte de Magontiacum. El Drusus-Stein, enorme roca que se halla en la ciudadela y los acueductos que se encuentran cerca de la aldea de Salzbaehs, datan de la misma época.

Hacia el año 70 de la era cristiana, la vigésima segunda legión romana, que se halló en la toma de Jerusalem, llegó á Maguncia, y con ella Crescenz, primer ministro cristiano y obispo del Rhin.

Aunque devastada muchas veces durante las guerras que los germanos sostuvieron con los romanos, se mantuvo sin embargo hasta que fué enteramente destruida por los alemanes. Sobre sus ruinas, hizo construir Carlos el grande un convento y una escuela, y reemplazó con un puente de madera el de piedra, construido sobre el río por la legión romana, y del que no quedaba mas que los cimientos.

Durante todo el siglo XIII se construyeron muchísimos castillos y fortalezas sobre las rocas mas inaccesibles de las dos orillas del Rhin y continuamente aquellas amenazadoras mansiones vomitaban en la campiña cuadrillas de merodeadores, que causaban grandísimos perjuicios al comercio y á la industria que habian llegado en aquella época al mas alto grado de prosperidad; pero á la voz y excitaciones de un hombre del pueblo, y de un ciudadano de Maguncia, llamado Arnoldo Sdealman, se alzaron en masa, para esterminar los bandidos, los habitantes de mas de cien pueblos de aquellas feraces comarcas; los principes y la nobleza contribuyeron con sus esfuerzos á la generosa empresa de los campesinos y consiguieron en

poco tiempo ver arrasadas la mayor parte de las fortalezas que servían tan solo de guarida de los malhechores. Nunca ha sido mas brillante el estado de Maguncia que durante la última mitad del siglo XIII y los primeros años del XIV. En esta época se cultivó en ella con mucho gusto la poesía lírica, pudiendo decirse que era entonces la patria de los trovadores alemanes.

Pero de todo, lo que mas celebridad ha dado á este pueblo, lo que le ha dotado de una gloria eterna e inmortal, fué la invención de la imprenta en el siglo XV; la invención mas importante y fecunda de que puede envanecerse por sus resultados el espíritu humano, y que debe mirarse como el punto culminante de la historia y de la civilización. Juan Gaeſenſch de Sörgenloch á quien los habitantes de Maguncia dieron y conocian con el nombre de Guttemberg, cuyo nombre tuvo su origen del nombre de la casa en que vivía, habia hecho en Strasburgo diferentes ensayos de impresiones por medio de caracteres movibles; y si bien es cierto que fué Strasburgo el pueblo primero que vió nacer esta preciosa invención, á Maguncia le cabe la gloria de que en su seno se perfeccionase. Guttemberg discurreó que en vez de caracteres fijos de que hasta entonces se servían, podían emplearse otros movibles de madera y que llamó *tipos*. J. Fausto y Pedro Schœffer; ambos naturales de Gersheim, pueblo pequeño y situado á cuatro leguas de Maguncia, ensayaron poco despues el construir tipos de metal; pero aunque han desaparecido los primeros ensayos de impresiones hechos por Guttemberg, es indudable que á él solo pertenece el glorioso título de padre de la imprenta. Este arte que fué por algun tiempo un secreto, se extendió despues á otras muchas ciudades de Alemania. En 1485 Alberto Pfister publicó la *Biblia* impresa en Bamberg.

Nació Guttemberg en Maguncia, á últimos del año de 1400 de una familia antigua en el país, que llevaba el nombre indistintamente de Guttemberg, ó Gaeſenſch, tomados del nombre de dos posesiones ó propiedades que disfrutaba de tiempo inmemorial. Hallandose en Strasburgo en 1424, hizo un contrato con un tal Dryzein y otras varias personas en el que se comprometía á iniciarlos en todos sus secretos, pero Dryzein murió poco tiempo despues y nada se sabe de los resultados de este contrato. La misma oscuridad oculta la fecha de los primeros ensayos de Guttemberg, y el sitio en que los hizo; porque jamas en sus impresiones puso la fecha de ellas y ni aun siquiera las autorizó con su nombre. Todo lo que de cierto se sabe es que en 1458 empleó por primera vez los caracteres movibles de madera; que en 1445 abandonó á Strasburgo para establecerse en Maguncia, que mas tarde en 1450 se asoció con Fausto, rico platero de aquella ciudad, que le suministró el dinero necesario para establecer una imprenta, y que la primera obra que salió de sus manos fué la *Biblia* impresa en latín, que al cabo de algunos años Guttemberg y Fausto

se separaron, quedando la propiedad de la imprenta de este último, que se asoció á Schœffer; y por lo que hace á Guttemberg, estableció otra nueva el año siguiente, y publicó el *Hermann de Suldâ speculum sacerdotum*, pero sin fecha y sin el nombre del impresor. Existió esta imprenta hasta el año 1465, época en que el emperador Adolfo de Nassau le elevó al rango de su nobleza. Guttemberg murió el 24 de febrero de 1468.

Lavida deste hombre tan justamente célebre, la historia de la invención de la imprenta y sus primeros progresos, se hallan cubiertos con un velo que nadie ha descubierto, ni que probablemente descorrerá, al cabo de cuatro siglos que nos alejan de aquella época. A esto solo puede atribuirse y hasta cierto punto esplicar, el porque el pueblo de Maguncia ha esperado hasta el año de 1857 á erigir un monumento á la memoria de su hijo mas ilustre; aunque es preciso convenir, que si bien ha tardado tanto tiempo en tributar su homenaje á Guttemberg, este homenaje á lo menos ha sido digno de ella y de él.

El 14 de agosto de 1857, se hallaban reunidas en la gran plaza de Maguncia mas de cincuenta mil personas, que habian acudido de las cercanías y de las principales ciudades de Alemania. Habia construido delante de la *estâta* cuya inauguración iba á verificarse, un extenso anfiteatro adornado de ramos y guirlandas. En el centro de él les ocurrió á los directores de tan solemne ceremonia, la feliz idea de colocar dos soberbios escudos ostentando en letras de oro, los nombres de las ciudades que mas se han distinguido con la publicación de obras tipográficas, y con la perfección del arte precioso de Guttemberg: Viena, Oldenburgo, Londres, Francfort y otras muchas, ocupaban un lugar distinguido en aquellos honoríficos blasones de la imprenta. De todos estos puntos habia diputados que representaban sus respectivas ciudades, y que habian conducido ricos y lujosos presentes tipográficos, obras maestras del arte. Solo España, nuestra desventurada España, que en todo parece llevar impreso el sello del atraso de su destino, no tuvo un representante en aquella grandiosa reunion, ni para el nombre de ninguna de sus ciudades hubo un rincón en los escudos. Sin embargo, con orgullo podemos decir, que si como aquella augusta ceremonia tuvo su celebración en el año 1837, cuando la nacion estaba sumergida en los horrores de una guerra cruel que paralizaba la industria y el comercio, se hubiera verificado en el de 1841, no faltara quien dignamente representase en aquel lugar la imprenta española, y quien con sus reclamaciones conquistase para gloria nuestra el lugar que la correspondiera.

La comitiva compuesta de los magistrados de la ciudad, de los diputados y todas las notabilidades de las diferentes gerarquías sociales de Maguncia, á las que se habla agregado una multitud de pueblo inmensa, se encaminaron á la catedral,

donde se celebró una misa en que ofició el obispo de la ciudad, dirigiéndose despues á la gran plaza. Delante de la estatua habia una prensa moderna y todo el aparato de impresion con que el mismo Guttemberg hizo sus primeros ensayos; esta preciosa reliquia que conserva la biblioteca de la ciudad, se sustentaba sobre almohadones de terciopelo y seda. Al punto que llegó la procesion se entonó por mas de quinientas voces de coristas, un solemne *Te-Deum* que acompañaba dos numerosas orquestas de instrumentos de viento. El *Sanctus*, fué determinado por tres cañonazos y el redoble de todas las bandas de tambores. No es fácil imaginarse el sorprendente efecto que produjo este bélico estruendo; nadie de los que allí se encontraron habia escuchado jamás otra cosa tan imponente y solemne.

Terminado el *Te-Deum*, el señor doctor Petschaff subió á la tribuna y pronunció un discurso sumamente interesante, en que refirió sucintamente la historia del personaje que reproducia la estatua, espuso el estado actual de la prensa, y

tributó el debido homenaje á la generosidad y esmero del escultor, terminando con someter el monumento bajo la proteccion de los habitantes de Maguncia. No bien hubo terminado el orador su discurso, cuando las cortinas que ocultaban la estatua se descorrieron, y se ofreció á las ansiosas miradas de la muchedumbre la imágen del grande hombre. Entonces el entusiasmo mas indescriptible se manifestó de todas partes, en todos los ángulos de la plaza: los gritos de *hurra* y los vivas mas ardientes poblaban el espacio; los hombres arrojaban al aire sus sombreros; las mugeres arrojaban sus pañuelos blancos, y todas las miradas, todas las manos saludaban á Guttemberg.

En el acto y al pie de la estatua, se imprimieron diversas composiciones poéticas alusivas á la ceremonia, que se repartieron á la multitud, terminándose aquel grandioso acto con una bellísima sinfonia, tocada por todas las bandas de música. Tal como pálidamente lo descubrimos, se verificó esta solemne ceremonia de la que conservará memoria eterna, la célebre ciudad de Maguncia.



PARAI.

UN CARCOMIDO CUERPO

POR UN ALMA INOCENTE.

Era una tarde del mes de julio del año de 1854: tarde tristísima y de funestos recuerdos para el pueblo de Madrid, que no sospechaba que en aquel momento se difundía por el diezmo de sus habitantes, el mortal veneno de una desoladora epidemia. El calor sofocante que reinaba, pues apenas habían sonado las cinco, y los anuncios de una próxima y terrible tempestad que descargó á muy corta distancia de la corte, y á cuyo influjo se atribuyó el desarrollo de la peste, hacían de aquella tarde una de esas del verano, en que parece que el supremo Hacedor niega á las criaturas el sus-

tento de la respiración; era un momento de esos en que los pájaros abrumados de fatiga, cesan en sus trinos, y se duermen en las inmóviles y empolvadas ramas de los árboles. A aquella hora todo yacía solitario y silencioso; las calles y plazas estaban desiertas, y en los paseos no se descubría alma viviente: cualquiera extranjero que en aquel momento penetrara por primera vez en la capital de España, podría pensar si era un pueblo abandonado de sus moradores, á la proximidad de un furioso conquistador cuyo esfuerzo fuera imposible resistir. Sin embargo, á pesar de todo y enuelto en su tosco sayal, cerca de la ermita de san Antonio de la Florida, y sentado en un banco de piedra, se vela á un venerable religioso anciano ya, cuya blanquecina y espesa barba tocaba con su extremo en el pecho, y que parecía con la cabeza baja, hallarse sumergido en la mas profunda meditación.



Ninguna otra persona se descubría, hasta que de lejos y viniendo de Madrid, el ruido que producían las herraduras de un caballo, y la nube de polvo que le envolvía, anunciaban la prisa ó la agitación del caballero que oprimía los hijares del sudoroso corcel; mas al llegar á emparejar con el anciano que ningún caso había hecho del recién llegado, paró bruscamente su caballo, y dirigiéndose á el religioso, le interpelló secamente de esta manera:

—V. se llama el P. Esteban, ¿no es cierto?

—Así es verdad, respondió el monge.

—Y también lo es, que vd. dirige las conciencias, y es el confesor de la señora de Vargas y de doña Teresita su hija?

—En efecto.

—Y que hace vd. tan solo, á estas horas ¿de donde viene vd. y donde piensa vd. padre, dirigirse?

—Jóven, esas preguntas son bien Inconsideradas; pero no me importan; vengo de prestar á un moribundo los últimos auxilios que la religion otorga á los hombres, y ahora mismo voy á mi convento.

—Mis preguntas no son tan inconsideradas como parecen, présteme V. P. atencion, que mucho le interesa lo que voy á decir: todo esto lo espesaba el jóven con acento siniestro:—Esta misma tarde, quizá le esperen á vd. ya, irán al convento de parte de doña Teresita: conducirán á vd. á su casa, porque la jóven quiere confiarle un secreto, tiene que pedir á vd. consejo, porque nada quiere resolver sin la annuencia de su confesor. Su existencia de vd. padre, depende del hilo de las palabras que vd. profiera. Tenga vd. cuenta con que el consejo vaya encaminado á proteger los proyectos de que harán á vd. relato, y este servicio que reclamo será recompensado de una manera que ahora no sospecha vd.; pero que me agradecerá mucho; de otra suerte, si comete vd. la imprudencia de infundir oposicion; la lucha será corta, pero terrible, ¿entiende vd.?

—Jóven; las amenazas no intimidan á los seres que como yo tienen su existencia consagrada á Dios y al alivio de la humanidad; yo seguiré la rectitud que mi conciencia me impone.

—; Quién le ha dicho á vd. padre, que yo soy tan jóven como supone?

—Tu insolencia y tus amenazas. Además que es necesario ser muy niño aun, y tener mucho apego á la vida, para oponer al temor de la muerte al de Dios, esperando que la conservacion de aquella, pueda intimidar á los que sabemos apreciarla y conocerla.

—Muy bien, interrumpió su interlocutor; no es mi edad el asunto que aquí se ventila. Lo que sobre todo importa es que no ignore vd. padre, que mis palabras son de mucha gravedad y que al que las pronuncia ahora no las olvida.

—Entonces, hijo mio, replicó dulcemente el anciano, existe esa diferencia entre nosotros, porque yo puedo asegurarte que las he olvidado ya.

—Las frases muy bellas, suelen costar muy caras, padre, en este mundo.

—No costarán tanto como en el otro las malas acciones.

Sin replicar mas el caballero, arrimó el acicate al flanco de su caballo, y desapareció rápidamente de la mirada del religioso que apoyado en un grueso baston, comenzó pensosamente á subir por la alameda de la Florida y la cuesta de San Vicente. Absorto el anciano en sus meditaciones se olvidaba de su fatiga y del sudor que bañaba su arrugada frente; pensando en la estraña conversacion que habia sostenido, creia adivinar quien era el que tan descaradamente habia amenazado su existencia, y se estremecía al pensar si quizás no llegaría ya á tiempo de sacrificarla óilmente en provecho del alma de la jóven, que imploraba su auxilio y proteccion. Por fin llegó á la puerta del convento donde en efecto le esperaba como le habian dicho, un criado de la señora de Vargas.

—Vienes de parte de la señorita doña Teresa de Vargas? preguntó el religioso.

—Sí padre. Me envía la señorita á suplicar á V. P. se digne visitarla esta noche. Tengo orden de esperarme para acompañar á V. P. porque no es muy prudente empeñarse solo y de noche por calles que no ofrecen mucha seguridad á los que visten el hábito que V. P.

—Yo por todas partes voy seguro, hermano, pues que tengo mi conciencia tranquila, replicó el P. Esteban.

Poco tiempo despues, comenzaba la noche á estender sus sombras, con mas anticipacion que de costumbre por la opacidad de la atmósfera que estaba cargada de nubarrones, no obstante haberse desalogado con un horrible aguscero que ocasionó estragos de consideracion en los trabajos que se estaban haciendo entonces en el delicioso paseo de la fuente Castellana, y aun en el Salon del Prado. Cruzaron el religioso y el criado por varias calles y plazas hasta llegar á una casa de aspecto severo é imponente, y á cuya puerta el criado saludó dos fuertes aldabazos. Abriéronla y otro criado fué al punto á anunciar á su señorita la llegada del religioso; este despues de aravesar varias

habitaciones y galerías, penetró en el oratorio de Teresita, jóven de rara hermosura, que era conocida entre la galante juventud con el nombre de la *perla valenciana*, por traer su origen de aquella provincia.

En aquel apartado lugar, en su oratorio, era donde el corazon de la inocente niña, adquiría toda su expansion; el anelano la consideraba como su hija querida, era la única afeccion terrestre que á si mismo se consentia, y que la cifraba recreándose en contemplar la pureza y el candor de la jóven. Jamas penetraba sin que latiera dulcemente su corazon, en este aposento sagrado de donde se despreñia un perfume de inocencia mas grato á Dios que el del incienso; y el santo confesor á quien su deber severo obligaba continuamente á enterarse de la ignominia y miseria mundanal, acudia á inclinarse con respeto ante la religiosa ignorancia de su penitente.

Ya hacia algun tiempo que este hombre venerable alimentaba alguna inquietud. Contaba la niña apenas diez y seis años y sabia que un primo suyo, don Alfonso de P... acababa de llegar de Francia donde habia terminado su educacion. Nunca le habia visto el P. Esteban; pero por las relaciones que de él le habia hecho don Teresa, advirtió que este jóven debia estar dotado de una grandísima exaltacion de espíritu, que debia ser arrebatado y violento en sus decisiones, y poseer una voluntad de lierto. No era muy difícil tampoco el preveer que esta misma exaltacion por lo que de original y novelesco ofrece, fuese un motivo mas de seduccion y un peligro mas para la jóven y que una vez sometida al yugo de su temible voluntad, atribuyese á una irresistible pasion lo que no fuese mas que el dominio y el imperio que la violencia de su carácter ejerciese sobre su debilidad. Muchas veces le ocurrió al religioso la idea de comunicar sus temores á la madre; pero le detenia la repugnancia de confiar á nadie las inocentes impresiones de un corazon ignorante de si mismo; porque solo despues de confesarse y como en sencilla y amena conversacion, refería Teresita al que entonces reemplazaba á su padre, las ardientes palabras de su primo y la turbacion que le ocasionaba su presencia. Nunca decía nada de mas, pero tampoco nada ocultaba la pobre niña, que no conocía aseptaban á su corazon las palabras de su primo. No ignoraba el religioso que la madre de Teresita, se opondría tenazmente al enlace de su hija con su sobrino, y aunque rara vez opinaban de la misma manera, esta vez á lo menos, si estaban de acuerdo sus pareceres. El P. Esteban no descubría en esta union felicidad posible para Teresita, y solo este pensamiento le preocupaba en la tierra inmediatamente despues del de procurar su salvacion en el cielo. En cuanto á don Alfonso no poseía bienes de fortuna, y su caracter altanero y atrevido, hacia que continuamente suscitara pendencias y desafios; se batía por cualquier cosa, arrastraba la nobleza de su nombre entre una so-

ciudad despreciable que hacia dudar de su elevada idiosincrasia, de consiguiente nada hay de extraño en que la señora de Vargas no pensase en otorgarle la mano de su hija y jamás entró en los cálculos de esta señora el que pudiera inspirarla un amor. Sin embargo esto llegó a suceder: Teresita lo conoció y desde la última entrevista con su primo, su corazón estaba oprimido, su alma experimentaba cierto terror de que no podía desprenderse. Temía mucho á su madre, temía también á su primo, se estremecía de sí misma, y en esta angustiosa situación, fué cuando resolvió llamar á su confesor.

Gracias á la entrevista que habia tenido una hora antes, comprendió el religioso todo sin necesidad de entrar en esplicaciones de ninguna clase. «Teme á Dios», dijo para sí tranquilizándose, aquí la aguardaré. No se hizo esperar mucho tiempo, un criado la precedía, y despues de anunciarta se retiró. Entonces cuando quedaron solos, turbada y en la mas humilde actitud recibió sollozando la bendición del santo hombre.

—Padre mio, dijo Teresita despues de algunos minutos de silencio; soy muy desgraciada y culpable. Las tinieblas que me rodean y enturbian mi vista, no me permiten distinguir el bien del mal, no sé que va á ser de mí, no me resta otra esperanza, otra tabla de salvacion que Dios y los brazos de mi confesor.

—Ni uno ni otro te abandonarán, hija mia, muy bien lo sabes, mas yo te suplico que te tranquilices y esplices mas claramente.

La jóven sin contestar una sola palabra ocultó el rostro entre sus manos.

—Vamos, hija mia, dijo el monge con la mayor dulzura posible, conozco que es indispensable acudir ya en tu socorro. Vamos, dime Teresita, que exige de tí don Alfonso?

—Oh! padre mio, sin duda que vd. ha adivinado que le amo, exclamó la pobre jóven algo mas tranquila, y antes que yo quizás lo ha adivinado, porque para vd. han estado siempre abiertos hasta los mas recónditos senos de mi corazón.

—Ah! y cuáles son tus ideas respecto á esa pasion? hija mia, dijo el religioso. Nunca has podido pensar que tu mamá consentiera en semejante enlace, y yo conozco cuanta es tu sumision á sus disposiciones para andar un instante que dejaras de acatarlas. Es una desgracia, una grandísima desgracia el que con tanta frecuencia hayas tratado á ese peligroso jóven; porque aunque demasiado jóven, he conocido por lo que me has dicho, que es alrevido y posee otros muchos defectos preferibles á esta cualidad. No dudes que te habrá costado trabajo conquistar tu corazón á pesar de su candidez; porque muchas veces la ciencia de los que emplean la violencia como medio mas activo, suele estrellarse ante una tímida y franca respuesta. Gracias á tí misma, Teresita, he seguido paso á paso á don Alfonso, sin que de ello se apercebriera; ahora los dos nos hallamos de frente, y tú no

vacilarás entre el jóven amante que te hace sonreír y el anciano P. Esteban, que arranca con sus palabras lágrimas de tus ojos; gracias hija mia, gracias; tranquilízate; vamos dime lo que pretendes de tí don Alfonso, que yo despues te determinaré la senda que Dios te señala.

—Ah! contestó tímidamente la pobre jóven, quiere que abandone á mi madre, á vd. padre mio; quiere que abandonemi casa para huir con él esta misma noche.

Todo eso pretende? exclamó fray Esteban; extraño proyecto por cierto! Ah! don Alfonso, ya comienzo á penetrar el sentido de tus intimidaciones. Querias perder á mi hija predilecta y contabas conmigo para llevar á cabo sus inicuos planes. No es justo eso, y te prevengo que no sucederá.

Murmurando estas palabras media el monge agitadamente con sus pasos aquella estancia; á poco, se detuvo delante de la jóven y añadió con voz mas entera y sosegada: «y bien hija mia, mi amada hija, tú á quien la gracia de Dios no abandona desde el instante en que en el mundo abriste tus ojos, has escuchado tan pérdidas proposiciones y para consolármelas me llamas y demandas mi proteccion? Ah! grandes males tenemos que deplorar si tu corazón no se encastilla contra la seduccion y el seductor! No flores, Teresita, no son las lágrimas las que te arrancarán del plélago de tus penas, sino la reflexion y tus oraciones.»

Dejóse caer de rodillas la jóven diciendo á su confesor: «Dios mio! Indíqueme vd. el camino que debo seguir, el partido que debo tomar! Cualquiera que sea el sacrificio que tenga que exigir á mi corazón, sabe vd. muy bien, padre mio, que preferiré mejor renunciar á don Alfonso, que ofender á mi Dios... Pero que será de él? Me asusta el pensar á lo que su desesperacion puede conducirle.»

—No temas nada, hija mia, replicó el virtuoso padre; nada puede contra tí; cumple con tu deber, sin que el temor te detenga en tu venerada senda. Tú eres buena, pero muy niña y débil. Ese hombre, fuerza es decirlo, ha abusado indignamente de tu bondad y ha conseguido así imitar una cosa parecida al amor. Tranquilízate, que muy pronto sin duda necesitarás armarte de todo tu valor y resolucion. Cuando debe venir?

—Ah! preciso será confesarlo todo.

—Sí, hija mia, porque es menester estorbarto todo, contestó el confesor con entero acento.

—Oh! no me hable vd. con tanta severidad, padre mio, mi sacrificio se ha cumplido, lo juro; ignoraba que me haria tan culpable; no partiré.

Dicho esto quedaron silenciosos por un momento; en seguida volvió á preguntar el anciano:

—Cuándo debe venir?

—A las doce; contestó tímidamente la pobre niña; este balcon debía estar abierto de manera que se viera la luz en prueba de consentimiento; de lo contrario...

—No vaciles, hija mia, dijo el sacerdote.

—En caso contrario, prosiguió la jóven, es preciso cerrarlo y apagar la luz.

El religioso echó una mirada á la péndola que sustentaba la pared.

—Afortunadamente faltan aun cinco minutos; dijo: ¿y de que manera habías de salir de esta casa?

—El balcon está á poca altura del suelo de la calle, y con esta escala atada á los hierros...

Al punto se levantó el religioso, desató la escala, la recogió y cerró las hojas de madera del balcon.

—Ahora bien, hija mia, prosiguió dulcemente el religioso, ¿no es esta la resolucion mas penosa y difícil? Sin duda, añadió, que es este el momento de cumplir el sacrificio, que es grande; yo comprendo toda su estension y por eso te compadezco! «La jóven se deshacia en lágrimas.» Valor! exclamó el padre, es preciso hija mia, armarse de una inflexible resolucion. Toma esa bugía, Teresa, salgamos de esta estancia. La jóven obedeció escitada por una voluntad de fuerza superior á la suya, pero á cada paso la luz que sostenia con su trémula mano amenazaba extinguirse.

—Dáme esa luz, hija mia, dijo fray Esteban; mi mano no está tan temblorosa como la tuya.

—Esto te pertenece, Teresita, añadió el religioso mostrando la escala que llevaba rodeada á su brazo: despues de algunos minutos de silencio añadió con tristeza; si la voluntad de Dios determinara que no nos volviésemos á ver, porque nadie puede prever el destino que nos reserva, este objeto, dijo agitando el rollo de cuerda, que péfidos sentimientos y criminales proyectos ha hecho penetrar aquí, lo elevarás al cielo con tus inocentes manos y te acordarás dulcemente en tus oraciones de tu viejo confesor. Ven, quiero darte mi bendiccion.

—Padre mio! exclamó la niña vertiendo de sus ojos un mar de lágrimas, mucho he ofendido, á vd.

porque tanta tristeza he infundido en su alma. No me abandone vd. así!

—Yo te dejo despues de experimentar la mas grande felicidad de mi vida. Y tú tambien, no llores, cesa en tu llanto, y recreáte de tu victorial Hermana, dijo á una de las doncellas de la jóven; acompaña á la señorita hasta el lado de su madre. Buenas noches, hija mia, no olvides á tu anciano amigo en tus súplicas al supremo Señor, y duermeme en paz.

La pobre jóven no pudo articular palabra alguna; besó la arrugada mano de su confesor, en la que depositó una helada lágrima, y solo dijo:

—Me ha salvado vd!

—Dios te bendiga como yo lo hago, querida hija, replicó el P. Esteban, y que reciba mi vida si es preciso, en cambio de la gracia que acaba de concederme. En seguida se retiró.

Ocurria esta escena el dia 16 de julio del año de 1854. La mortifera epidemia del *cólera*, inopinadamente desarrollada, sumia en la mayor afliccion á las familias y difundia por todos los ángulos del pueblo la mas terrible consternación. No se veía por do quiera que se dirigia la vista, mas que camillas que conducian á los lazaretos y hospitales á los desgraciados á quien la segur de la epidemia hacia caer como heridos del rayo; por do quiera que se volvían los ojos, no se hallaba otra cosa, que los viáticos que salian de las parroquias á prestar á los infestados el consuelo de la religion, y los débiles destellos del farol que acompaña á los óleos santos; los carros que á los cementerios conducian los cadáveres, el luto de los que habian perdido sus dentos ó sus amigos y los lastimeros ayes que arrancaba el dolor, eran por decirlo así el colorido, las negras tintas del desastroso cuadro que en aquel dia y siguientes ofrecia la córte de Madrid.

Al otro dia de esto y del de la escena del religioso con doña Teresita, el 17 de julio, algun



maléfico genio sin duda, hizo que el abatimiento del pueblo se trocára en furor; mil especies alarmantes empezaron á andar y á tomar incremento en las imaginaciones exaltadas con el dolor; difundiendo la noticia de que estaban las aguas envenenadas, cuya opinion llegó á robustecer por el sorprendente y rapidísimo desarrollo de aquella mortífera enfermedad. Seguidamente la voz del pueblo acosó á los frailes de tan horrible atentado, la indignacion y el frenesí de los que habian perdido el padre ó el esposo, subió al mas alto grado, é invadiendo los conventos fueron víctimas algunos religiosos de la alucinada muchedumbre.

Todas las revoluciones en su historia cuentan lunares mas ó menos horribles, la nuestra quizás es la que hasta ahora menos ofrece; pero este que referimos es de los mas sensibles.

Entre los cadáveres de los desgraciados religiosos, fué hallado el de el virtuoso fray Esteban, que aun conservaba clavado un cuchillo que se reconoció ser de propiedad de don Alfonso. Este no fué habido, y las últimas noticias que de él adquirió su familia, fueron de Francia á donde habia emigrado. En cuanto á doña Teresita hoy vive feliz y contenta en una capital de provincia, desposada con una de las principales autoridades, y divide las horas de sus dias entre los cuidados maternales y en elevar sus preces al Señor para que tenga en descanso el alma de su salvador, del hombre virtuoso que no vaciló en sacrificar su vida por salvar la inocencia de una pobre jóven.

L.™

REVISTA DE LA SEMANA.

No ha dejado esta semana de ser fecunda en novedades; principió el lunes con el concierto del señor Liszt que tenemos anunciado, y que se verificó en efecto en los salones del Liceo; estuvo concurridísimo, y el artista recogió buena cosecha de aplausos debidos á su indisputable merito. Creíase generalmente que el señor Liszt no tocaria mas que en el Liceo; pero no ha sido así pues el jueves se presentó de nuevo y casi de improviso en un concierto en el teatro del Circo, que no tuvo de bueno mas que las cuatro piezas que ejecutó el artista, y se anuncia otro para esta noche (escribimos en salado) que sin duda alguna será tan concurrida como el anterior. De presumir es que se le víga alguna vez mas, pues á lo que parece el señor Liszt no tiene ánimo de econonizarse, sino de sacar el mejor partido de su sorprendente habilidad.

—Las exequias del Excmo. señor duque de Osuna dispuestas para el martes en santo Tomás, han sido suntuosas, y el relato de sus pormenores ocuparia mas espacio de) que nuestras dimensiones permiten. Baste saber que no se ha perdonado gasto ni medio alguno para que esta fúnebre solemnidad fuese digna del personaje en cuya memoria se celebraba, y de las personas que la han dispuesta. Es inútil

desir que la concurrencia fué mucho mayor que la que el templo permitia.

—Los teatros han hecho muy poco: el Circo ha pasado la semana con dos bailes y tres funciones de romendos; la *Peri*, baile anunciado no ha podido ejecutarse por no estar corriente y ahora se anuncia para la salida del nuevo tenor Betini la ópera *Gemma de Vergy*; veremos si esta ópera es mas afortunada que las anteriores. Dicese tambien que oíremos en el Circo á la Eugenia Garcia y al bajo Balzar; igualmente parece que está ajustada la Rossi Caecia como *prima donna*; bien necesaria la empresa si reformando la compañía lirica, pues en el estado en que se halla no puede hacer mucho mas que lo que hasta ahora ha hecho. En el teatro de la Cruz ha principiado el lunes la obra y se habla de grandes reformas en el local, que parece se trata de adornar suntuosamente; todo esto nos parece muy bien pero todavia nos parece mejor los anuncios de las partes principales que han de formar la compañía de ópera de este teatro. Segun la Ingenia están ajustadas las señoras Tossi y Tirelli primas donnas, y los señores Moriani y Gnasia, primeros tenores, aquel desde noviembre hasta febrero y este de febrero en adelante. De los bajos se habla con variedad pues aun no hoy noticia de que estén ajustados, pero si corresponden á los tenores y damas, no hay duda de que esta compañía será una de las principales de Europa; todas las partes deben llegar para el 1.º del corriente, y las funciones empezarán hácia fin de mes, dicen que con la *Lucia*. En España nunca nos contentamos con poco; en París y Londres no hay ópera italiana mas que seis meses al año; en Madrid vamos á tener nada menos que dos compañías italianas; probablemente el año próximo no tendremos ninguna mala ni buena. Por el pronto aprovecharemos la ocasion, lo peor es que los precios de las localidades van subiendo á proporción que progresamos en compañías y como no basta que haya cantantes sino que se necesita dinero para oírlos, nos tememos que la abundancia no pueda favorecer á todos.—En el teatro del Principe se disponen para ejecutarse dos piezas originales *Avisa á las coquetas* del señor Breton y el *Alcalde Ronquillo* del señor Zorrilla.

—La manía de suicidarse va en aumento; segun refieren los periódicos son tres los suicidios ocurridos esta semana; dos hombres, y una muger que han sacado del canal. Sobre uno de los cadáveres ha habido dudas atribuyéndose á un desafío, por tener la herida en el pecho. Sensible es que en nuestro pais donde estos casos eran tan raros, vayan cuadiendo cada dia mas, siguiendo en esto como en todo, la moda de copiar lo malo de otras partes.

—El jueves hubo en el Liceo sesion de competencia; se repitió la comedia *la Hija en casa y la madre en la máscara*, y se ejecutó la pieza *un paseo á Beulm*; la concurrencia fué como siempre torcida y numerosa. Se dispone, segun hemos oido, un concierto en que tomará parte el señor Liszt y al que asistirán S. S. M. M. y A.

—El señor Navarrete va á publicar una novela con el título de *Madrid y nuestro siglo*.

ESTABLAMIENTO TIPOGRÁFICO.

DE D. P. DE P. VILLADO.—EDITOR.

Calle del Sordo núm. 11.